

SUMARIO

Con motivo de la visita de los reyes de Portugal.—El tiro contra globos.—Granadas de mano japonesas, por el Teniente Debogorli-Mokriebitch.—Secciones de ordenanzas, por el Capitán Subrio Escápula.—Lamentaciones, IV, por Federico Pita, primer teniente de Infantería.—Los nuevos proyectiles extranjeros, por J. F. H.—Observaciones sobre la última guerra.

Se acompañan los cuadernos 11 y 12 de la Historia de la Guerra ruso-japonesa.

CON MOTIVO DE LA VISITA

DE LOS REYES DE PORTUGAL

La reciente visita á España de SS. MM. los Reyes de Portugal ha puesto de manifiesto una vez más las ardientes simpatías que hacia la hidalga nación lusitana sienten todos los corazones españoles. De cuantos Estados integran la vieja Europa, Portugal es el único que no consideramos extraño á nosotros: los portugueses son nuestros hermanos, y nuestra casa está siempre abierta para ellos como la suya lo está para nosotros. Con rara unanimidad, todos los españoles, que tan divididos se muestran en la apreciación de la política internacional, coinciden en sus deseos de estrechar cada vez más los lazos que nos unen al vecino Reino. No se concibe siquiera que pueda dejar de subsistir la cordial armonía y la comunidad de intereses que une á los dos pueblos; si al referirnos á cualquiera Nación, intervienen simultáneamente el entendimiento, los sentimientos afectivos y los particulares intereses, en lo que concierne á Portugal el corazón domina siempre, porque en el fondo de nuestra alma no podemos olvidar que somos hermanos, hijos de la misma madre.

Y sin embargo, en la eterna lucha de los intereses materiales á muchos espíritus parece que hondas diferencias separan á Portugal de España: creencia equivocada y funesta, contra la que debemos protestar abiertamente. Así como en una misma familia no todos los vástagos muestran las mismas inclinaciones, ni ello sería tampoco conveniente, la diferente situación geográfica de los dos reinos impulsa las iniciativas de cada uno en diversos sentidos. Reclinado en tierra firme, amorosamente apoyado en España, Portugal mira al Atlántico, el viejo mar de las aventuras y las leyendas, y se siente atraído hacia otros mundos y llamado á ejercer su misión en alejados confines. Pero no por eso vuelve la espalda á España ni se aparta de ella, porque sino contara,

como cuenta, con nuestra inquebrantable adhesión, sus ansias de expansión y engrandecimiento sufrirían rudo golpe, y toda su atención debería consagrarse á la consolidación interior. España, por su parte, ha de mantenerse vigilante en el N. y en Oriente, frente á multitud de vecinos poderosos, por quienes siente verdadera simpatía, pero que divididos por antiguas heridas nunca cicatrizadas pueden turbar la paz del mundo y arrastrarnos, tal vez contra su propia voluntad, á los horrores de un espantoso conflicto; por el S., la sangre árabe que en nuestras venas circula, y nuestros intereses comerciales, nos llaman al Africa, pero aquí también otros colosos surgen y se levantan. Resulta de todo esto, que el vasto perímetro de nuestras fronteras es un semillero de preocupaciones, y que únicamente la línea que nos une, no que nos separa, con Portugal ofrece todas las garantías apetecibles de seguridad.

Estrechamente apoyados Portugal y España, sin recelos ni ocultas miras que empañen esta unión, esfuércese pues el Reino hermano por realizar los anhelos de expansión que le brinda su situación privilegiada, mientras que nosotros procuramos guardar nuestra antigua casa solariega, y trabajamos en favor de la reconstitución de nuestras fuerzas, con la esperanza de que volverán á lucir los días en que españoles y portugueses asombraron al mundo con sus hazañas tanto guerreras como colonizadoras y comerciales.

Las diferentes orientaciones que la política internacional ha impreso á los dos pueblos, en nada menoscaba el mutuo y recíproco afecto que ambos se profesan, y del que ha sido elocuente testimonio la entusiasta acogida tributada en Madrid á los Monarcas lusitanos.

La REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR no puede dejar pasar esta ocasión sin elevar su respetuoso y cordial saludo al Rey Don Carlos, á la Reina Doña Amelia, y á toda la caballerosa nación portuguesa. Y al ejército portugués y á su prensa militar, que tan brillantemente le representa, enviamos el abrazo de hermano y el afecto de leal y nunca interrumpido compañerismo, haciendo votos por que se aumenten la gloria y los laureles que ciñen las sienes de los dignos descendientes de los héroes de mar y tierra cantados por el inmortal Camoens.

EL TIRO CONTRA GLOBOS

La primera vez que se han empleado los globos en la guerra, no de un modo aislado y accidental, sino con sujeción á las condiciones de normalidad y regularidad propias de todo servicio bien organizado, ha sido durante el último conflicto entre el Japón y Rusia. En los campos de la Manchuria y en Port-Arthur, los globos militares han prestado inapreciables servicios como elementos únicos é irremplazables de observación, que permiten extender el campo visual, descubrir la situa-

ción de las baterías enemigas ocultas, advertir la aproximación y movimientos de las reservas y en general de todas las tropas, y estudiar los efectos del fuego de los cañones propios, para corregir debidamente el tiro.

La misión de los aerosteros queda con esto bien definida. Su arma debe ser el buen anteojo ó unos excelentes gemelos de campaña; su protección ha de buscarse en la movilidad y en la altura; y si bien cuando las circunstancias lo requieran no deben vacilar en afrontar los mayores riesgos y llegar al sacrificio de la vida, en general será más conveniente á los intereses del ejército que maniobren en todas las condiciones de seguridad apetecibles.

Los primeros globos rusos que llegaron á la Manchuria elevaron en Liao-Yang. Deficiente todavía el parque aerostático, á la sazón, y disponiéndose de poco hidrógeno, aquellos globos no pudieron elevarse á más de 300 ó 400 metros, ni sobre lugares ocultos á las vistas de los japoneses.

La artillería de éstos rompió inmediatamente el fuego contra los globos, sin que ni en aquella ocasión, ni en ninguna de las batallas siguientes, los shrapnels causaran desperfectos en el material ni bajas en el personal. Lo mismo aconteció con los globos elevados por los japoneses en Port-Arthur y en la Manchuria.

Realmente, el tiro contra un globo, sobre todo si éste se mueve en los sentidos vertical y horizontal, resulta difícilísimo en cuanto el aerostato pasa de la altura de 400 metros sobre el nivel de las baterías enemigas, y se eleva abrigándose tras de cualquier accidente natural situado á 4 ó más kilómetros de aquellas. Pero también es cierto que cualquier desperfecto ó avería, por insignificante que sea, tiene muchísima gravedad cuando el observador se encuentra suspendido en los aires, pendiente de una débil seda, y á varios centenares de metros sobre el terreno; de suerte, que aun cuando en la guerra ruso-japonesa el efecto material del tiro de la artillería contra los globos fué nulo, no sucedió lo mismo con el efecto moral, lo cual es perfectamente explicable porque las labores de reconocimiento y exploración, si han de ser detalladas y exactas, requieren en el que las practica mucha tranquilidad de ánimo y el alejamiento de cuanto contribuya á distraer la atención. Así vemos que después de Liao-Yang rusos y japoneses procuraron elevar los globos á 6 kilómetros y aun más de las líneas enemigas, y escogieron siempre lugares abrigados que dieran una seguridad relativa en los momentos iniciales de la ascensión y en los últimos del descenso, que son los verdaderamente peligrosos. Y debe notarse también que poco á poco la artillería dejó de preocuparse de los globos, persuadida de que el consumo de municiones que contra ellos hiciera daría mejor resultado contra otro objetivo cualquiera.

Ni hay, ni puede haber, ni se concibe que haya lucha entre el cañón y el globo. Lógico es que aquel, si se le presenta ocasión favorable, procure deshacerse de los globos enemigos, pero no es menos lógico que éstos se esfuercen, por la irregularidad de sus movimientos y más aun por la elevación á que llegan, en ponerse fuera del alcance del cañón.

Pero como unos y otros se emplean en la guerra y pueden ocurrir casos en que convenga practicar un reconocimiento á corta distancia, por grandes que sean los riesgos é inminentes los peligros, se comprende que tengan relativa utilidad los ejercicios de tiro contra globos.

Conviene sin embargo dejar bien establecido que tales ejercicios es sumamente difícil que puedan conducir á consecuencias exactas, porque si á la artillería le es fácil ponerse en las condiciones de la realidad, no acontece lo mismo con los aerosteros, tanto en el personal encargado de la maniobra del cable como en los aeronautas que tripulan la barquilla, porque no puede permitirse que unos y otros se expongan en tiempo de paz al tiro de guerra.

Siendo el globo y el cañón dos elementos tan diferentes, pues el uno triunfa viendo y el otro vence hiriendo, y siendo imposible, aunque se limite el periodo de tiro en cada posición del globo, colocarse en las condiciones de la realidad, creemos que en los ejercicios de esta naturaleza que según noticias van á efectuarse en breve, convendría separar completamente los dos aspectos del problema: el que interesa á los artilleros y el que importa á los aerosteros.

En el primer concepto, no hay inconveniente en que el globo sea substituido por boyas aéreas, fijas en lo posible, pero situadas á diferentes distancias y alturas, no conocidas por el personal de la batería. El tiro contra ellas, aunque de poca aplicación práctica, sería indirectamente muy ventajoso por ejercitarse en él la apreciación de alzas y el uso de los aparatos de puntería, lo que facilitaría luego el tiro contra blancos fijos en el terreno.

Los aerosteros deben buscar en esas prácticas dos objetivos principales: 1.º determinar hasta qué punto las averías sufridas por el globo impiden la conclusión del reconocimiento, y cuáles pueden ser fácilmente reparadas, de modo que el servicio no quede interrumpido durante un plazo prolongado; 2.º acostumbrar á los aeronautas á presenciar á sus pies el duelo de la artillería [y la explosión de los proyectiles.

Es bien sabido que no basta el pequeño desgarró producido por un balón de shrapnel, ni á veces varios impactos de esta clase, para precipitar un globo á tierra, ni siquiera para provocar un descenso rápido é inmediato, de suerte que si el aeronauta llega á persuadirse de que el globo no es tan deleznable como generalmente se cree, conservará mejor la serenidad y sangre fría, y podrá dar cima á la misión que se le ha

encomendado, aun después de que uno ó varios balines hayan perforado el globo. Desde el segundo punto de vista, sería muy útil que se efectuaran ascensiones libres en los polígonos de artillería, adoptando en el tiro, como es natural, las debidas precauciones.

Así pues, en la hipótesis, que creemos cierta, de que vayan á efectuarse ejercicios de tiro contra globos, nos permitimos llamar la atención de los jefes de la Escuela de Tiro de Artillería y del servicio Aerostático para que en vez de involucrar dos cuestiones en una sola, resuelvan separadamente los dos problemas, á saber: 1.º, el referente á la artillería: ¿cuanto tiempo y cuántos disparos son menester para provocar la caída de un globo en determinadas circunstancias?; 2.º, el relativo á los aerosteros: ¿en qué condiciones convendrá efectuar reconocimientos delante del enemigo, y cuáles averías pueden ser despreciadas, cuáles causa de una inutilización pasajera, y cuáles motivo de cesación inmediata y absoluta del servicio?

Es claro que para la consecución de ambos fines debe procederse de dos maneras radicalmente diferentes. Desde el punto de vista artillero, el fuego no debe cesar hasta que el globo haya llegado á tierra, y cada avería ó desperfecto ha de ser señal para que arrecie el tiro; el efecto de la artillería es esencialmente destructor, y por consiguiente ha de poner todo su empeño en destruir el objetivo que se le presenta. Pero desde el punto de vista aerostero las prácticas han de ser conducidas de otro modo, interrumpiéndose el tiro después de causada la primera avería, para deducir la fuerza ascensional; someter luego otro globo á los disparos de la artillería, hasta que hubiese recibido dos ó más proyectiles, y así sucesivamente, y concluir por la maniobra de un pequeño globo cautivo ejecutada desde un blindaje, protegido además por un gran espaldón que lo ocultase á las vistas de la batería, procurándose en este caso que el aerostato se mantuviera en el aire todo el tiempo que previamente se hubiera considerado indispensable para ejecutar el reconocimiento. De todos modos, no debe olvidarse que á un ejército le importa destruir el material aerostático del enemigo, y á este efecto conviene en lo que atañe á la artillería, que los cañones no dejen de disparar cuando el globo se halle próximo al suelo, porque en estos momentos es cuando resulta más fácil y eficaz el tiro; pero, en lo que concierne á los aerosteros, no es menos evidente que las averías sufridas en los últimos momentos del descenso no pueden hacer fracasar los resultados de la observación y del reconocimiento, por lo cual, en los ejercicios dedicados al servicio de aerostación creemos que el fuego debe siempre interrumpirse cuando el aerostato esté á 50 ó 100 metros de tierra.

Descompuestas las prácticas en estas dos fases, alejando de ellas toda idea de duelo ficticio, que rarísima vez ó acaso nunca se presentará en la guerra, tendrán, á nuestro juicio, innegable utilidad, y serán

seguidas con interés, no solo en nuestro ejército, sino también más allá de nuestras fronteras.

GRANADAS DE MANO JAPONESAS

En varios periódicos habíamos leído que los japoneses hicieron abundante uso de las granadas de mano en el sitio de Port-Arthur, y que en la construcción de tales proyectiles introdujeron notables perfeccionamientos y mejoras; sin embargo, parece que hubo mucha exageración en esas afirmaciones, á juzgar por los párrafos siguientes que traducimos de un artículo publicado en el último número del *Diario de ingenieros ruso*.

El 13 ó 14 (26 ó 27) de Julio de 1904, durante el asalto á la montaña Yupilas, los japoneses emplearon por vez primera las granadas de mano. La tenacidad del ataque nada pudo contra la resistencia opuesta por las tropas del general Fok. Todas las avenidas del reducto, construido por el capitán de segunda clase Sajaroff (comandante de la montaña Larga) quedaron cubiertas de cadáveres; en esta ocasión el enemigo arrojó algunas granadas al interior de la obra.

Contra la línea de fuertes de Port-Arthur el enemigo empleó muy á menudo esos proyectiles arrojadizos. He aquí la composición de algunos:

1.º Cinco cartuchos de pólvora shimose atados formando un paquete, sin envuelta protectora. Una salchicha Bikford de unos 20 centímetros de longitud, aproximadamente. Una cápsula de fulminato, de 3 gramos.

2.º Tres cartuchos cilindricos, de piroxilina, y un cartucho de pólvora shimose. Los primeros median 5 centímetros de altura y 8 de diámetro. El conjunto encerrado en un saquete. Salchicha Bikford, de unos 20 centímetros de longitud.

3.º Dos ó más cargas de dinamita ó pólvora shimose boratada, encerradas en un tubo de hojalata. Entre las cargas y el tubo, trozos de alambre telegráfico de dos centímetros y medio. El fondo y la tapa son de madera, y sobre ellas se encorvan y aplican los bordes del tubo, cerrándolo perfectamente. En la tapa hay un orificio para la inflamación. La salchicha Bikford tiene unos diez centímetros.

Los japoneses hicieron abundante uso de estos proyectiles contra nuestras fortificaciones; pero la organización de tales granadas no permitía arrojarlas sino á distancias muy pequeñas.

Otras granadas de esta clase eran mayores; tenían forma cilíndrica y la carga iba encerrada en un bote de hierro. En el centro de la tapa había un orificio para la mecha, y en el fondo un saliente en forma de oreja.

En el laboratorio se examinaron algunas granadas de pequeño tama-

ño; pero, en Diciembre, el enemigo arrojó proyectiles de mucho mayor calibre, conteniendo cada uno 16 kilogramos de pólvora shimose, destinados á la demolición de blindajes y abrigos.

Estas granadas eran disparadas por aparatos especiales que se situaban á 100 ó 200 pasos de nuestras líneas. En el momento del disparo veíase un débil resplandor y oíase un ruido sordo. El proyectil se elevaba rápidamente hasta llegar á una altura de 20 á 22 metros ó más, y luego caía siguiendo una trayectoria mucho más pronunciada.

Unas veces la explosión tenía lugar en el aire, otras en el momento de llegar á tierra, y no pocas después de transcurridos algunos segundos de su caída. En tales casos, nuestros tiradores se apresuraban á cubrir de tierra los proyectiles, valiéndose de palas.

En los contra-ataques, reconocimientos, exploraciones y salidas para dar sepultura á los cadáveres japoneses abandonados cerca de nuestras posiciones, recogimos datos de mucho interés acerca de los trabajos de fortificación efectuados por nuestro adversario.

En Port-Arthur se hizo un gran consumo de fulminantes y cebos de la casa Nobel.....

Teniente DEBOGORII-MOKRIEBITCH.

(Traducido del *Inshenernyi Shurnal*, por J. A.)

SECCIONES DE ORDENANZAS

Todos los años en esta época domina un verdadero sentimiento de amargura en la oficialidad que sirve en los cuerpos activos del ejército. En pleno periodo de instrucción los reclutas, los regimientos y batallones tienen exceso de fuerza sobre la reglamentaria, y aunque la total no es ciertamente considerable, nótase sin embargo mayor animación y movimiento en los cuarteles, y durante algunas semanas los oficiales se sienten atraídos al desempeño de sus funciones por algo más que por el reglamento escrito.

La atención de todos se fija en los reclutas. Se les procura inculcar las virtudes militares y los sentimientos de un buen ciudadano; se pone verdadero cariño en su instrucción; los capitanes analizan las cualidades y aptitudes de los destinados á sus compañías respectivas; y, olvidando lo que acontece hace muchos años, se abre el pecho á la esperanza, teniendo cada jerarquía lugar propio en que desenvolver sus iniciativas. Pero en el fondo late una idea desconsoladora, insuficiente, no obstante —y digámoslo muy alto en honor de nuestros oficiales— á apagar los entusiasmos y entibiar los deberes. Cuando el temido licenciamiento llegue ¿qué se harán esos reclutas, á qué centro ú oficina irán á parar, y cuántos de ellos quedarán en los cuerpos? El día en que sean dados de alta

para el servicio, los pelotones de reclutas se fundirán, desaparecerán, comenzará la desbandada, y la vida militar cederá el turno á la llamada vida de guarnición, ó sea aquella en que los oficiales y unos cuantos soldados van turnando en servicios que nada ó casi nada tienen de militares.

Porque si llamamos á las cosas por sus nombres, los regimientos son en realidad depósitos de hombres á donde acuden todos los centros, grandes y chicos, é innumerables personalidades, para sacar asistentes y ordenanzas, muchos ordenanzas. Por si este mal fuera poco, vienen las licencias trimestrales y acaban de dispersar á lo que durante breves días parecieron verdaderas compañías y batallones.

Después de cubrir los innumerables destinos del cuerpo, ha de atenderse á las demandas de todas las dependencias militares de la plaza, y contribuir á las plantillas de colegios, escuelas, academias, talleres, fábricas, etc., etc. Porque se da el caso de que una Academia militar ó una Comandancia General se considere unánimemente que no pueden subsistir si les faltan dos ó tres ordenanzas, y nadie se preocupe de que un batallón quede reducido al efectivo de una compañía ó acaso menos.

No pretendemos con esto sostener que los centros militares no deben ser atendidos. Todos los destinos que ha de cubrir el ejército son necesarios, pero si dentro de esta necesidad hubieran de hacerse gradaciones, no cabe duda en que el primer término de la escala lo ocuparían los cuerpos activos, porque si no hay combatientes todos los demás servicios sobran y son perfectamente inútiles. Admitimos sin embargo que todos los destinos son igualmente necesarios y preguntamos: ¿por qué las plantillas de ordenanzas de todos los centros, cualesquiera que sea su denominación y objeto, han de estar completas, y no lo han de estar las de los cuerpos armados, en lo que á la tropa se refiere? ¿Qué puede esperarse de esos millares de individuos que pertenecen al ejército solo para los efectos del presupuesto y en los estados de fuerza, pero no en lo relativo á sus servicios esencialmente militares?

Por otra parte, muchos, sino todos, de los destinos fuera de filas no es posible suprimirlos, y aunque eso fuese factible no convendría hacerlo. Pero hay un medio de solucionar el problema, medio que no parece de difícil realización ni habría de resultar muy costoso, y que consiste sencillamente en crear secciones de ordenanzas independientes de los cuerpos activos, una por cuerpo de ejército ó en el número que se estime conveniente.

Aunque para la creación de tales secciones fuera menester, por exigencias económicas, reducir el efectivo de los cuerpos, la reforma sería altamente beneficiosa, porque se evitaría la perturbación introducida por la continua é incesante saca de destinos. Por lo menos, los jefes de cuerpo y los capitanes sabrían, entonces, que pueden disponer de la fuerza á

sus órdenes, sin que por ingerencias ajenas al cuerpo fueran desapareciendo unos tras otros los soldados que poseen oficios más útiles, los más ilustrados, los de mayor despejo y talento natural, los más cultos, y, en una palabra, los más útiles. Y así, sabiendo todos que sus esfuerzos no irían á perderse y esterilizarse, la instrucción militar, práctica, teórica y ética, alcanzaría un vuelo grande, y, teniendo campo donde aplicarse, la laboriosidad de los oficiales se fomentaría y entraría en sus cauces naturales.

El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.

LAMENTACIONES

IV

No hablemos de la estabilidad de ideas dentro de la profesión; cambian á maravilla y por cortos espacios de tiempo.

De esta manera hemos cambiado de táctica más de veinte veces y de organización casi sus cuarenta; y estos bruscos cambios que no parecen dejar honda mella más que en la fabricación de cifras ó en el membrete de los oficios, nos han traído al presente estado, y menos mal que manos hábiles y tenaces nos han dejado con lo último que nos dieron y que estaba pidiendo á gritos el siglo xx y nuestra organización militar añeja y mohosa. Hoy nos encontramos organizados á la *dernière*. ¿Cuánto nos durará? Esta es la pregunta que se ocurre á todo militar.

Aquí el afán de variar lo existente es tan grande, que si se pudiese valorar el metal perdido en cifras y chapas de cinturón, arrinconadas por almacenes y depósitos, y que por [cambios de número ó nombre quedaron inútiles, con seguridad que bastaría á darnos unos cuantos cientos de miles de pesetas... ¡Cuánto mejor no hubiera sido en vez de satisfacer estos caprichos, con los gastos producidos, lograr otros medios de que aun carecemos!

Y merced á este abandono de un derrotero fijo, trazado de antemano con perfecto conocimiento del fin y de sus resultados, carecemos de material de guerra en los cuerpos, no tenemos lo más necesario para las reservas ¡y sin embargo! nos recreamos ante la perspectiva de una nueva cama para el soldado, que sabe Dios cuándo veremos por los cuarteles, gracias á la abundancia de los presupuestos de la guerra...

*
* *

Los cuerpos siguen en su vida interior como hace cincuenta años; la rutina puede más que las necesidades de un mejor empleo del tiempo; mucha policía, que luzcan los botones, que brillen los correajes...; el tiro poco atendido, las *lecturas* sobrellevadas entre bostezos y perezosa charla de nombres de autoridades, jefes y oficiales...

¡La semana! Con qué pesadez se desliza para todos: ni uno solo de los que en ella intervienen cumplen con su cometido á conciencia. Es el influjo del desengaño, del tedio; un jefe, un capitán y diez subalternos que diariamente vienen al cuartel para entrar en sus compañías y contar como fuerza disponible *un cabo, ó dos soldados...* eso sí, hay que pasarles revista, enseñarles algo, hablarles de sus obligaciones... leerles el articulado de las ordenanzas...

La gente moza, esa que se tilda por Unamuno, de frecuentar con harta frecuencia la sociedad, sufre con estos regimientos de 300 plazas, y la gente veterana, esa que forma el galardón de nuestras libertades y es la hoja vivida de la historia de *ayer*, sufre mucho más al contemplar la marcha suicida que llevamos, bien por la fatalidad, bien ¡por abandono...

*
* * *

Volvamos á la *semana*. No hay peor potro para el ánimo y los afectos, que aquel en que se estrellan las ilusiones de toda la vida. ¿Si un jefe veterano, acostumbrado á estos flujos y reflujos de la organización, acibara su entusiasmo con mandar un regimiento de 300 plazas, qué se le puede pedir al joven que sale de la Escuela militar con ilusiones y que por todo resultado le dan, al presentarse los *365 días* del año al *capitán de cuartel* para decirle: «No hay novedad, forman tres; el cabo está algo sucio, un soldado tiene una alpargata rota; en la compañía se ha roto un cristal.. »?

El oficial debe ser algo más que el cabo de escuadra; no cabe duda; en 1899 y cuando publicamos nuestros «Retazos Militares», así lo exponíamos, dando de mano á preocupaciones que por querer en la práctica obtener el beneficio del soldado y del cuerpo, atraen el maleficio ó perjuicio para la oficialidad.

Claro que mientras no exista una clase intermedia, ¡los ansiados *sub-oficiales!* nada podrá obtenerse, pero á ello deben todos dedicar su esfuerzo y preparación.

Hoy como en el año 1899, el oficial se ve precisado á hacer las veces del cabo; han transcurrido siete años, tiempo sobrante para evolucionar y sin embargo, la cosa sigue igual, si es que no ha empeorado.

En pocos cuerpos, si hay alguno, se dedica á las clases de tropa el celo y cuidado que merecen, y esto á nuestro entender es la causa de otros deméritos en escalas jerárquicas superiores.

Las clases de tropa son elemento primordial de la institución. No hay que remontarse muy lejos para verlo claramente; allá por el año 1892, (hace 14 años), recuerda el que esto escribe que los sargentos eran otra cosa, tenían hasta un *corte* militar más acentuado; en las compañías se les respetaba y temía más, muchísimo más que ahora al oficial.

Daba el cuartelero la voz «fuera gorros» y la pereza huía de los cuerpos; los soldados se descubrían por *tiempos* verdaderamente, (recurriendo al tópico gráfico de la ligereza militar) y eran todo disciplina y obediencia á una sola mirada del sargento. Este usaba el pelo cortado, el cuello de reglamento, sus prendas limpias, y su casa casi *reglamentaria*; eran verdaderas instituciones en las compañías. La Academia diaria les infundía más respeto que el ingreso á los futuros cadetes y en ella se trabajaba, se daba el texto y aun se ampliaban los estudios referentes al código y á formularios del comandante de partida y secretario de causas. Estos hombres, acostumbrados á una disciplina grande y mantenidos por la superioridad en un límite prudente de prerrogativas, tenían á los cabos en *un puño*, como vulgarmente se dice, y éstos reducidos á su verdadero papel, sin otras ansias que cumplir bien para llevar su licencia y con gran espíritu militar, eran verdaderos cabos de escuadra...

Hoy el sargento no se parece á aquel de otros tiempos; su pelo cortado, se ha transformado en cabellera blanca; su ligero tupé, en raya central con verdaderos bucles; su cabeza es un modelo de *Amor ó Sisi*; el cuello es abierto, alto, una reminiscencia del que con petulancia usa la gente cadetil en su tiempo de *apostolado ó antigüedad* y que por fortuna en la generalidad de los casos pasa... al armario,

Hay honrosas excepciones, que no conviene confundir con esta masa pero, ¿qué pueden los ánimos de estos buenos militares?

Muy santo que al sargento le demos un porvenir, que sin halagos no hay honrada ambición; pero también mientras esto exista, muy justo es que le exijamos lo que debemos y le enseñemos á recordar lo que no debe haber olvidado.

FEDERICO PITA.
Primer Teniente de Infantería

LOS NUEVOS PROYECTILES EXTRANJEROS

En los periódicos militares alemanes encontramos nuevos detalles de la bala «S», adoptada por aquel ejército.

El cartucho de guerra se compone de la vaina con su cebo, la carga de pólvora y la bala. La vaina, de latón, lleva una ranura, cerca del culote, donde agarran las patas del extractor. El fulminante está en el centro del culote. La vaina comprende la cámara de pólvora y el alojamiento de la bala. El peso de la carga de pólvora es de 3,20 gramos. La bala es un núcleo de plomo blando, envuelto por una capa de acero recubierta á su vez por una aleación de cobre y nickel; su longitud es de 28 milímetros, y pesa 10 gramos; se fija á la vaina mediante una estrechez de ésta que sujeta á la bala en una longitud de 4,70 milímetros. Entre la carga de pólvora y la bala queda un espacio vacío. La longitud total del cartucho es de 80,30 milímetros.

Con el nuevo fusil de 1898 se seguirá empleando el antiguo cartucho

de blanco, de bala de madera pintada de rojo. El cartucho de instrucción «S» es de una sola pieza de latón. El primero se distingue por una canal anular, y el segundo por las ranuras longitudinales que lleva en la parte correspondiente á la carga de pólvora, y porque en el culote hay una cavidad para el percutor.

La nueva bala «S» no es el primer proyectil puntiagudo que ha aparecido; proyectiles de esta clase se habían ya empleado con las primitivas armas rayadas á cargar por la boca, sobresaliendo entre todos ellos la bala Minié.

Lo nuevo y esencial de la bala «S» es que al eje de la rotación se le ha impreso la necesaria estabilidad. Comparada con la bala modelo 1888, la nueva resulta muy superior á distancias inferiores á 2.000 metros, pero más allá de este límite las desviaciones son considerables. Sin embargo, la prensa alemana hace notar que la precisión importa principalmente en el combate próximo; á grandes distancias lo que conviene es batir el objetivo por un haz de balas; las batallas se decidirán por fuegos de masa, siendo los elementos preponderantes del éxito la tensión de la trayectoria y el número de proyectiles disparados á las distancias medias.

La velocidad inicial de la bala «S» es de 860 metros, y la ordenada máxima de la trayectoria es de 0.70 m. á 500 metros, 1 m. 15 á 600 y 5.90 m. á 1.000. Su penetración en madera seca de pino varía entre 0.60 m. á 100 metros y 10 cm. á 1.800; las planchas de palastro de 7 milímetros son atravesadas á la distancia de 360 metros; la penetración en arena ó tierra franca llega á 0.90 m.

En Austria se están efectuando ensayos con un nuevo proyectil que, al parecer, posee todas las ventajas de la bala alemana, pero no su inconveniente de poca precisión á gran distancia á causa del movimiento de su centro de gravedad hacia la punta.

El proyectil austriaco se compone de un núcleo de acero endurecido, semi-cubierto por una camisa de plomo, y encerrado el conjunto en una envuelta de metal duro. Su fuerza de penetración es tal que á 1.000 metros atraviesa los mejores escudos de la artillería de campaña, cuyo grueso no exceda de 4 milímetros. La tensión de la trayectoria y la precisión aventajan á las de todos los proyectiles conocidos. Esta nueva bala ha sido estudiada por el Comité técnico militar y la casa Both, de Viena. La falta de créditos se opone á la introducción inmediata de esta bala en la dotación de municiones.

Para terminar, recordaremos que la bala francesa es de latón; tiene una parte reforzada para guiar al proyectil en el ánima, quedando impresas las rayas en la parte inferior de la bala hasta 5 milímetros del culote, de suerte que el proyectil resulta perfectamente guiado. La longitud es de 39,20 milímetros, el peso 42,80 gramos, la carga de pólvora 3,10 gramos, y la velocidad inicial 700 metros. El alcance máximo es de 4.500 metros, y la flecha mide 5,40 metros á 1.000 metros, 41,25 á 2.000 y 72,50 á 2.400 metros.

J. F. H.

OBSERVACIONES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA

En la *Revue Militaire des Armées Etrangères* han comenzado á publicarse íntegros los notables artículos del Teniente Coronel ruso Nezna-

moff acerca de las enseñanzas que se deducen de la última guerra. Como á la guerra hay que acudir en última instancia siempre que se trata de corregir ó modificar la organización y la instrucción del ejército, y ella es la única fuente segura y verídica de enseñanzas en lo que atañe á la profesión militar, copiamos de la revista francesa todos los párrafos de la Memoria del Teniente Coronel Neznamoff que son de aplicación general. Esa Memoria es un trabajo de sobresaliente mérito y ocupa un puesto preeminente entre los escritos relativos al conflicto del Extremo Oriente.

El hombre

El grande alcance del cañón moderno ha extendido considerablemente el marco del campo de batalla actual; el combate tiende á prolongarse y «el ímpetu» debe hoy ceder el paso á «la tenacidad» de los combatientes.

El ímpetu puede ser provocado por diferentes medios y no exige una preparación particular; al contrario, la improvisación le imprime más vigor aún.

No sucede lo mismo con la tenacidad: es menester desarrollarla por la educación.

Un respeto constante y absoluto de su personalidad y de su dignidad humana, la cordialidad y la igualdad de trato en todas las relaciones con él, un juicioso llamamiento á su amor propio, son los medios que deben emplearse para dar á nuestro soldado la tenacidad de que carece ó que no posee en grado suficiente.

Es menester poner en práctica todo lo que puede ennoblecer y elevar su corazón. Sobre todo hay que abstenerse de reprenderle constantemente; el elogio merecido es un medio más eficaz que el reproche.

El objeto de la escuela militar ha de ser educar al futuro oficial en el culto de estas grandes verdades.....

LA TÁCTICA

Problemas de organización

La guerra actual ha esclarecido dos puntos de organización: 1.º el de la caballería divisionaria; 2.º el de la subordinación de la artillería, desde el tiempo de paz, á los comandantes de división.

1.º La invisibilidad de las líneas de combate, por una parte, y por otra la potencia de los elementos de destrucción, exigen que el jefe que dirige la acción pueda en todos los momentos hacerse cargo, todo lo mejor posible, de la situación. Para esto necesita absolutamente un órgano de exploración, que conozca sus necesidades, esté familiarizado con sus exigencias é interesado directamente en la suerte del destacamento.

La práctica ha dado nacimiento á los ojetniki (guerrilleros) á caballo

en los regimientos de infantería; estos cuerpos de exploradores han prestado inmensos servicios. Cuando consideraciones económicas no permitan mantenerlos en tiempo de paz, convendrá por lo menos que subsistan los cuadros.

En defecto de los ojtyniki montados, la caballería divisionaria no debe ser normalmente inferior á dos ó tres escuadrones.

2.º Desde el principio de la guerra, la importancia de la segunda cuestión se ha destacado vigorosamente. ¡Cuántas dudas sobre la elección de la situación de la artillería, la dirección del fuego, los objetivos á batir, el papel á desempeñar! Y al mismo tiempo ¡Cuántas ocasiones de perjudicar al adversario se han perdido! ¡cuántas bajas padecidas inútilmente!

Solo después de haberse familiarizado los unos con los otros, de haberse aprendido á conocer, se llegó por la experiencia á la deducción de esta sencilla verdad: el jefe *responsable* debe ser dueño de todos sus medios de acción, y con tal objeto el mejor procedimiento es encomendarle la preparación desde el tiempo de paz. A la vez se demostró que el enorme crecimiento de potencia de la artillería ha dado más importancia y urgencia á esa vieja verdad.

Cuestiones de mando

A medida que las condiciones de combate se complican, adquiere mayor importancia la iniciativa de los jefes de las unidades.

La unidad de combate actual solo es posible si hay unidad de objetivo común, justamente comprendido y racionalmente perseguido por todos. «La precisión de las órdenes» debe ser substituída por la «clara exposición de los objetivos.»

Como consecuencia inmediata, las condiciones necesarias de la dirección del combate moderno son las siguientes:

1.º El conocimiento lo más detallado posible de la situación, no solamente en la zona restringida en que se opera, sino, en la medida de lo factible, en todo el teatro de las hostilidades.

La ignorancia de la situación es muy perjudicial, particularmente durante los combates, porque imposibilita el cumplimiento de los cometidos que deben llenarse.

Como los informes oficiales llegan siempre demasiado tarde, manteniamos nuestro enlace valiéndose de oficiales, no solo con las divisiones vecinas sino también con los sectores en que se desenvolvían los sucesos decisivos, aun en el caso de que estos sectores formaban parte de otro ejército.

2.º Las informaciones sobre la situación en la zona propia donde se opera deben ser más completas. El único medio de obtenerlas consiste en el envío de patrullas de oficial, y en los partes periódicos de los co-

mandantes de regimiento ó de destacamento (cada hora, ó media hora, ó más frecuentemente aun si la actividad del combate lo exige).

Este sistema de informaciones continuas y precisas orienta al jefe sobre el estado moral en el sector, procura la facultad de pesar las cosas con calma y tomar en tiempo oportuno las medidas convenientes.

3.º El mantenimiento del enlace durante el combate ha de interpretarse en el sentido más lato. Toda tropa, aunque no haga más que atravesar accidentalmente, momentáneamente, el sector (de división ó de cuerpo de ejército) debe prevenir siempre al comandante. Ha sucedido que algunas tropas tomaron parte en el combate, y algunas baterías rompieron el fuego en un sector ajeno, sin haber advertido su llegada. Los resultados de este modo de proceder se adivinan fácilmente: por lo menos hay sorpresa, perplegidad, falta de armonía en la dirección, desorden del plan de combate.

4.º Los destacamentos improvisados son el peor inconveniente á que se puede exponer el ejército en una acción importante. Toda ruptura de los organismos fundamentales (cuerpos de ejército, divisiones y aun regimientos) es un motivo de debilidad; las formaciones de combate de los destacamentos mixtos, no teniendo enlace en profundidad, hacen imposible toda unidad de acción. Cesa de existir el enlace orgánico entre los miembros y la cabeza. Los demás inconvenientes inherentes á este sistema (administrativos y otros) son fáciles de prever; resultan intolerables cuando las unidades que entran en la constitución de los destacamentos mixtos pertenecen á cuerpos de ejército y aun á ejércitos diferentes.

Por lo demás, este sistema ha sido condenado hace mucho tiempo; la experiencia ha confirmado una vez más en la Manchuria el veredicto de la historia.

5.º La claridad en las órdenes es de imperiosa necesidad, hoy más que nunca. El menor descuido del comandante á este respecto puede hacer que la orden sea inejecutable por sus subordinados; de aquí que luego se inviertan horas enteras en explicaciones complementarias y, entre tanto, ha pasado la oportunidad para obrar.

La forma normal de las órdenes es ahora el «billete», el telegrama, el telefonema. Es menester acostumbrarse á considerar esos documentos como verdaderas órdenes regulares.

La transmisión verbal de las órdenes importantes es inadmisibile; solo el hecho de escribirlas es, por parte de la autoridad que las prescribe, una garantía de que pondrá más atención. En todo caso, la experiencia ha enseñado que quien recibe una orden verbal debe escribirla y en seguida hacerla firmar al que la ha transmitido.

Empleo de la artillería

El grande alcance, la rapidez de tiro, la facultad de obrar desde una

posición oculta, su poco efecto sobre las trincheras actuales y los objetivos abrigados, son los datos característicos del empleo de la artillería de campaña moderna en el combate de hoy.

La única parte vulnerable de la pieza, por el shrapnel, es el freno, pero no he oído hablar de piezas puestas fuera de combate por esta causa.

Contra los pequeños muros y los parapetos, el shrapnel es absolutamente impotente; en compensación, todo lo que permanece al descubierto, aunque solo sea accidentalmente, en el campo de acción del shrapnel, corre peligro de sufrir pérdidas considerables en algunos minutos. El alcance eficaz, que es de unos 6 kilómetros, ha extendido en proporciones inmensas la zona de acción de la artillería.

En razón del débil efecto de percusión del shrapnel, este proyectil no ejerce casi ningún efecto sobre blancos inanimados; la acción de percusión de los chimosos japoneses se limitaba por la dificultad de obtener con precisión el alza del blanco. En consecuencia, la misión fundamental de la artillería de campaña moderna parece ser la de batir blancos animados; la forma fundamental del fuego de artillería es el tiro rápido con shrapnel.

El fuego lento solo está indicado para batir los lugares supuestos de las reservas, los trenes, los pueblos. Los shrapnels que hacen explosión en un cierto sitio, convierten en muy desagradable la estancia en él, sobre todo cuando se ve que las explosiones se producen siempre exactamente en el mismo sitio y se sabe, por consiguiente, que en cuanto el enemigo vea confirmadas sus sospechas, romperá el fuego rápido.

No hay ya que hablar del duelo de artillería, por lo menos en el sentido que antes se atribuía á esta frase. Si el enemigo ha conseguido reglar su tiro sobre vuestra batería, esperad y poned vuestra gente á cubierto. Después de algunas descargas de fuego rápido, el adversario, para evitar un consumo inútil de proyectiles, ó bien interrumpe el fuego ó se limita al fuego lento: este es el momento de que comencéis á disparar contra él. Si vuestro tiro le parece peligroso, se calla, á su vez, y abriga á sus sirvientes. Pensar en destruir la artillería del adversario en posición es una utopía. Esta imposibilidad práctica se encuentra bien demostrada por un episodio del combate del 12 de Octubre de 1904. La 1.^a batería de la 35.^a división debió guardar silencio varias veces, porque era batida en dos direcciones por la artillería japonesa; no obstante, durante toda la jornada continuó atrayendo hacia sí el fuego enemigo, y solo perdió un oficial y seis sirvientes.

La lucha de artillería moderna debe tener por objeto, á mi juicio, mantener á la artillería enemiga bajo la amenaza del fuego y no permitirle disparar sobre nuestra infantería, sobre nuestra artillería en marcha hacia una posición, sobre nuestra caballería, en una palabra sobre los objetivos animados que presentemos al descubierto.

(Continuará)